



16  
5320m  
C.P.

ANALES DEL ATENEO  
DE COSTA RICA

6

DIRECTOR:

LUIS CASTRO SABORIO

1916

AÑO V - Nº 1

SAN JOSE, COSTA RICA

ONAL

806  
a-532am  
C.R.



PARABOLAS  
DE  
JOSE FABIO GARNIER

# ATENEO DE COSTA RICA



---

## DIRECTIVA DE 1916

---

### Presidentes Honorarios:



Luis Felipe González  
Antonio Zambrana  
Justo A. Facio

### Presidente:

Ric. Fernández Guardia



### Vicepresidentes:

Alejandro Alvarado Q.  
C. González Rucavado

### Vocales:

J. Fidel Tristán  
Jenaro Cardona  
Rogelio Fernández Güell  
Modesto Martínez  
Tomás Povedano



### Secretarios:

Fabio Baudrit  
Manuel Sáenz Cordero



# PARABOLAS

A LAS CUATRO  
MUJERES QUE ADORO

LEONOR, mi madre ¶¶

EMILIA, mi compañera,

XENIA y VERA, mis hijas

**I**

**Parábola de la pequeña fuente**

Era una pequeña fuente escondida, murmuraba apenas sus plegarias amorosas las cuales escuchaban solamente los arbustos que, encantados, doblaban sus tallos e inclinaban sus ramas para no perder una sola nota de aquel cantar de plata.

Nadie la había visto, nadie había podido apreciar el rumor delicado que sus aguas juguetonas producían al salir a la superficie, nadie había llegado a sentir la caricia fría de sus ondas diminutas.

Las aguas de aquella pequeña fuente se alejaban, se alejaban cada vez más del lugar endonde nacían siguiendo en su romería los caprichosos senderos que las sinuosidades de la tierra les presentaban amorosas para sentir el beso fecundador de la corriente y la caricia apasionada de los pequeños guijarros que arrastraba ya aquel arroyuelo.

Mas allá, el arroyo se transformaba en un caprichoso riachuelo que se entretenía en formar remansos para escurrirse como una lengua lasciva por entre las piernas de guapas lavanderas o se divertía en lanzarse por encima de algunas piedras formando así cascadas endonde lucía los matices de sus gotas que brillaban como piedras preciosas al ser acariciadas por la luz. Luego

era un río que mansamente, casi acobardado se extendía en los lugares endonde las riberas no eran muy altas o se encogía, como con miedo, al pasar por entre dos rocas que, por encima de él, se saludaban cual si fuesen dos duelistas prontos a empezar el ataque.

Movía molinos aquí y allá; saltaba presas hechas por el hombre para utilizar la fuerza acumulada en sus aguas; regaba plantíos; generoso, concedía parte de su caudal para abastecer ciudades, pueblos y caseríos; permitía que su superficie se viera surcada por embarcaciones de varias especies y por último, al llegar a su desembocadura, empeñaba con el mar una lucha cruel, formando una orla de blancas espumas para el vencedor que a veces era el mar y que a veces era el río.

Ante aquella fuerza potente todos se mostraban temerosos, admirando un desarrollo tan grande de energía. Nadie se preguntaba de donde venía aquello, cuál era el sitio endonde comenzaba a formarse tanta potencia. Nadie podía acordarse de la pequeña fuente escondida que murmuraba quedamente sus plegarias amorosas, las cuales escuchaban solamente los arbustos que, encantados, doblaban sus tallos e inclinaban sus ramas para no perder una sola nota de aquel cantar de plata.

Así en la vida: admiramos grandes energías, contemplamos verdaderas inteligencias, nos descubrimos ante bondades superiores y no recordamos que siempre tras aquellas energías, al lado de aquellas inteligencias y de aquellas bondades una mujer delicada ha entonado o está entonando la canción de plata de la pequeña fuente.

## II

### Parábola del lupanar

En una noche de bellezas nunca vistas, el poeta buscaba motivos humanos para su inspiración. En todas las cosas trataba de percibir rumores extraños, desconocidos para los demás hombres: escuchaba ávidamente el susurro de las hojas a quienes el viento galante les decía, al pasar, muchas cosas delicadas; aspiraba con deleite los perfumes de la noche, esos perfumes característicos que despiden todos los objetos en las madrugadas tranquilas, que infunden, en el alma de las cosas, muchas buenas intenciones y que saturan el alma de los seres humanos que logran aspirarlos, de ideas luminosas que se transforman en líricas delicadas, en esculturas de contornos de diosa o en canciones que tienen la belleza de un ánfora colmada de esencias.

El poeta buscaba, buscaba; pero no conseguía un solo motivo que le permitiese soltar las riendas a la cuadriga de su inteligencia: la bondad, la belleza, la fuerza y la voluptuosidad, la voluptuosidad también.

Después de errar por jardines fantásticos con estanques dormidos como conciencias de doncellas, después de caminar por senderos solitarios que se tendían a la orilla de ríos y de riachuelos tumultuosos, siempre despiertos como conciencias de seductores empederni-

dos, después de vagar por las calles desiertas de la vieja población, llegó a la puerta de una casa endonde la voluptuosidad tenía su templo, ante cuyo altar oficiaban bellísimas mujeres semidesnudas.

Entró, saturó su cuerpo de lascivia, cantó estrofas a la Venus Pandemia, cinceló frases armoniosas en honor de aquellas ninfas que habían conocido el abrazo de los sátiros en las selvas umbrosas de la lujuria, besó bocas que, en su ansia de idealismo, soñó de vestales y en las que sus labios hallaron huellas de muchos otros labios impuros, recorrió con sus manos ávidas las curvaturas divinas de aquellas cortesanas, creyendo, talvez, deslizarlas por los contornos inmaculados de un ensueño hermoso.

Quiso impregnarse de aquel ambiente para que la indómita voluptuosidad le inspirase uno de sus cantos bellos, talvez el canto que hacía tanto tiempo dormía en el fondo de su alma y que debía llevarlo a la gloria.

Salió de aquella casa con hermosísimas frases armoniosas listas para ser engarzadas en un joyel lírico, pero al llegar a la puerta volvió los ojos a la altura y se quedó, durante un breve rato, contemplando la inmensa cúpula celeste endonde una infinidad de ojos maliciosos lo miraban con fijeza.

Las estrellas vírgenes! Las miró con atención y con cariño, una a una, tratando de hacer resaltar en el fondo oscuro del cielo las figuras que el hombre había querido ver en las diversas constelaciones; olvidó las ideas recibidas en la casa de la voluptuosidad y entonó el más bello de sus cánticos a las estrellas vírgenes, a la dulzura de sus miradas de vestales y a la pureza de sus sonrisas luminosas.

De pie en el umbral del lupanar, alzó su voz lírica  
elogiando la pureza, la virginidad, como hacen los hom-  
bres fuertes que, por encima de los abismos, buscan la  
manera de llegar a las alturas.

### **III**

## **Parábola del cisne que comía estrellas**

Había una vez un cisne blanco, muy blanco que vivía en un lago en cuyas orillas crecían árboles bajos y frondosos que lo hacían sombrío. Aquel lago reflejaba en las noches las estrellas que desde el cielo nos envían sus sonrisas afectuosas. Y el cisne salía cuando las encantadoras estrellas empezaban a brillar en el espejo del lago y se paseaba orgulloso por entre aquel millar de puntos luminosos dando a entender que bogaba en un lago de luz blanca endonde lo más blanco eran sus plumas blancas y endonde lo más bello eran sus ojos bellos. De cuando en cuando sumergía el pico disponiéndose a pescar algo que después tragaba con fruición divina como si aquello que comía fuese un manjar delicadísimo de esos que no se encuentran a cada paso. El pobre cisne comía estrellas, mejor dicho, se alimentaba de reflejos de estrellas en un lago sombrío. Y era feliz y vivía altivo en medio de sus compañeros porque ninguno de ellos salía a pasear de noche por el bellissimo espejo de las aguas ni conocía las estrellas ni podía apreciar la dulzura de las imágenes que ese lago fabricaba en su seno de sombras. Comer estrellas! tal era su único afán, tal era su única vida, alimentarse de luz, de ideal! Por eso no se le veía durante las horas del día como a los

otros cisnes, pasear su vanidad por enmedio de las hojas secas que los árboles de la orilla lloraban sobre la superficie tranquila del lago; por eso quienes lo veían afirmaban que estaba enfermo, que sufría algún pesar, que talvez la bella adorada lo había despreciado en el momento en que él le declaraba su pasión intensa.

Y era que nadie conocía su dulce secreto!

Pero un animal de esos que viven en las orillas de los lagos y que pasan el día y la noche buscando en el fango lombrices con las cuales alimentarse, notó los amores del cisne con la sombra y el banquete de estrellas que se servía cada noche. Y envidioso se acercó a él y le dijo que lo que comía no eran estrellas; que lo que creía tragar no eran sino reflejos de astros, nada más; que aquello no podía servirle porque las ilusiones, aunque sean ilusiones de estrellas, no alimentan, no satisfacen las necesidades del organismo.

Y el cisne, enamorado de la noche, al principio no hizo caso, siguió creyendo en las estrellas y en sus reflejos pero el otro insistió tanto que lo obligó a meditar acerca del valor alimenticio de los reflejos de luna y de astros. Y empezó a creer en lo que le decía y empezó a enflaquecer y a mostrarse más retraído que nunca. Su mal aumentó hasta el punto que un día lo encontraron muerto junto a unos rosales florecidos que crecían a la orilla del lago.

El ideal lo había hecho morir. Mientras creemos en el ideal y en su consistencia y en su eternidad vivimos satisfechos aunque ese ideal sea una ilusión, aunque ese ideal sea un reflejo de estrellas en el lago sombrío de nuestra mente; pero cuando nos falta la confianza que debemos tener en ese ideal, cuando nos damos cuenta

de que es un reflejo de luna, cuando se convierte en algo ilusorio, entonces se desvanecen en nuestro interior las grandes aspiraciones, se apagan los grandes entusiasmos y muere, dentro de nosotros, todo, absolutamente todo, como murió el cisne de mi cuento junto a los rosales florecidos que crecen en las orillas del lago de nuestra inteligencia.

#### IV

### Parábola del bloque de mármol

En uno de los rincones del estudio del escultor dormía, casi olvidado, un bloque de mármol que soñaba en las montañas de la lejana Carrara. El escultor no trabajaba hacía muchos meses; un amor inmenso hacia una mujer, a la que había idealizado en sus ansias de espiritualismo, lo había hecho alejarse del estudio que, huérfano de arte, parecía un cementerio de niños recién nacidos y de niños que aún no hubiesen nacido.

La luz del sol llegaba con dificultad al rincón donde aquel bloque de mármol esperaba los golpes evocadores del cincel para abrir su alma y dejar escapar de ella los ritmos de las curvas melodiosas.

Era un bloque de sueños que dormían; en la profunda blancura de su masa reposaban mil altas aspiraciones de belleza y de idealidad.

Si el escultor volviese, cuál sería el sentimiento que haría eterno en la candorosidad del bloque marmóreo? Sería el del amor destrozado por un capricho femenino, sería el del amor sublimado por una generosidad, femenina también? Sería una sensación de náusea o de placer? Golpearía el cincel con cólera sobre los granos brillantes del mármol o los acariciaría con timidez como hace el amado con la cabellera de la adorada?

Qué resultaría de aquel bloque prismático: una cabeza de Medusa ensangrentada clamando venganza o un grupo de ninfas en el baño, felices en su ingenuidad? Surgiría un dolor inmenso como el de Laocoonte, una inmensa desesperación como la de Dafnis al convertirse en laurel o una inmensa felicidad como la de Psiquis al recibir el ansiado beso del Amor?

La misma angustia surge ante una cuna vacía arreglada por las manos cariñosas de la madre para recibir al niño que pronto ha de venir al mundo. Esa cuna aparece ante los ojos que desean penetrar en el futuro, como una góndola cargada de ensueños que duermen, desconocidos, entre aquellas sábanas candorosas.

Hará dormir con sus balanceos, a un futuro hombre feliz o a un desheredado de la dicha? Custodiará los sueños de un genio o los de una medianía? Dará reposo a un ser a quien la suerte golpeará con cólera o a uno a quien acariciará con timidez la mano de la adversidad? Saldrán de aquella cuna grandes idealidades o grandes vulgaridades? Surgirá un dolor inmenso como el de Beethoven, una inmensa desesperación como la de Nietzsche o una inmensa felicidad como la de cualquier hombre mediocre?...

V

**Parábola de la virgen que tejía guirnaldas**

## A María Teresa Obregón

Una doncella ingenua y linda, estaba muy ocupada en hacer guirnaldas con las ramas y con las flores que sus hermanitos le iban trayendo del jardín cercano. Colocaba con gusto exquisito las rosas de nieve al lado de los claveles rojos como manchas de sangre, las aristocráticas dalias junto a las violetas humildes, las ramas del laurel victorioso unidas a las del cipres meditabundo, las del sauce tímido a las de la araucaria erguida como una ambición insaciable.

Hizo varias; deseaba adornar con ellas la tumba de familia que, para el dos de noviembre recién pasado, había permanecido desnuda de hojas y de flores porque la dulce virgencita no quiso rendir homenaje a la tradición odiosa que obliga a pensar en los muertos solamente en un determinado día del año.

Quiso hacer bella la tumba de sus padres el primero de enero, es decir, un día como otro, un día en el cual las demás gentes estuviesen divirtiéndose en cualquier parte habiendo olvidado, después de dos meses solamente, a los difuntos a quienes, siguiendo la moda cruel, habían honrado con tanto derroche de sentimiento y de lujo.

Cuando terminó se puso a contemplar satisfecha su obra, mandó un beso a cada guirnalda pensando talvez

que aquellos besos los recibirían, por tan amoroso medio, sus buenos padres muertos hacía varios años.

Luego salió al jardín a buscar a sus hermanitos para decirles que se arreglarán un poco y se limpiarán las caras sudorosas y las manos manchadas.

Le dió pena ver su jardín sin una sola flor; los arbustos parecían decirle ingrata; las ramas, huérfanas de matices, la miraban resentidas, pues, por su orden, habían sido despojadas de sus corolas vistosas de la misma manera que a Niobe le fueron arrancados, uno tras otro, sus bellísimos hijos de quienes tanto ella se enorgullecía.

Los árboles parecían entristecidos, algunas de sus ramas desnudas se agitaban como temblando de frío; el pináculo de los cipreses y de las araucarias se movía lentamente como se mueve la cabeza de un padre afectuoso cuando desea regañar a su hijo y no se atreve a hacerlo.

Todo estaba triste en el jardín, las dalias presuntuosas parecían abatidas en su orgullo; hasta en las modestas violetas se habría creído ver un gesto de protesta contra tanto desmán.

Aquella tristeza del jardín saturó el alma de la doncella quien se puso a llorar amargamente; las heridas frescas de los árboles y de los arbustos las sentía ella hacerse profundas en su carne, la desnudez de aquellas plantas la llevaba ella en su alma obligándola a culparse de todo aquel despojo.

Y seguía llorando amargamente.

La pobre doncella ignoraba que, en este mundo, no se puede hacer una obra bella sin cortar un ramo, sin arrancar una flor, sin hacer sufrir a alguien, a quien quitamos lo necesario para llevarla a cabo o a quien causamos envidia con la hermosura de nuestra acción.

**VI**

**Parábola del minero**

Cavaba, cavaba, buscando ansioso la veta del metal brillante que debía hacerlo rico. La fatiga lo vencía a menudo; entonces, tirando a lo largo el pico que le ayudaba en su labor exploradora, se tendía sobre los montones de tierra removida y descansaba sin dormir: sus ojos no se apartaban del lugar endonde se veía aún la huella del último golpe dado. Cuando se creía de nuevo fuerte y sentía que sus músculos contestaban ágiles a su voluntad, tomaba el azadón y seguía sin descanso, excavando siempre, retirando siempre la tierra removida para llegar lo más pronto posible a la veta preciosa cuya existencia presumía sin saber por qué.

Nadie lo veía trabajar; en cuanto se propuso hacer una excavación honda, muy honda, para encontrar un filón de oro puro que lo hiciese rico, se apartó de sus compañeros, abandonó todo grupo endonde no se discute nada interesante y endonde cada uno considera el oro extraído por los demás comparándolo con el que él mismo ha podido obtener.

Se hubiera dicho que era un solitario si una mujer, una dulce mujer no le hiciese compañía a menudo; era ella quien preparaba gustosa los alimentos que servían para reforzar aquellos músculos cansados, era ella quien,

con mano amorosa, arreglaba el lecho endonde el minero se tendía durante las noches esperando la llegada de la aurora para ponerse de nuevo en pié y seguir excavando; era ella quien, al verlo fatigado, se acercaba y con uno de los pañales que habían de servir para el chiquitín que pronto llegaría a alegrar aquella soledad, se-caba su frente y calmaba por un instante el calor que lo consumía.

El minero besaba con amor inmenso a su compañera, la miraba con ojos saturados de gratitud y luego, dejando que ella se sentara sobre uno de los montones de tierra, continuaba excavando, golpeaba con fuerza la arcilla y desmenuzaba las rocas que a su paso se iban presentando.

Ella fue quien primero vió brillar algo enmedio de aquella semioscuridad, alegre se lanzó hacia su marido y le dió un beso en la boca. Habían encontrado la veta ansiada, la veta que con sus tesoros les permitiría dar, al hijo que llegaba, todas las comodidades de que ellos no habían podido gozar.

Sin embargo, el marido siguió excavando, con más entusiasmo ahora y sin preocuparse, como había visto hacer a sus compañeros, por atacar directamente la veta. Seguía descubriéndola en toda su extensión, la limpiaba con paciencia de toda impureza pero no la despedazaba para aprovecharse inmediatamente de las partes que se iban presentando ante sus ojos que la felicidad hacía relampaguear ahora.

La mujer lo miraba asombrada, no comprendía en el primer instante por qué su compañero no hacía montones de oro para irlos sacando de la galería cada vez que la abandonaban.

Sinembargo, no preguntó nada. Le ayudó en lo posible a limpiar la veta; cuando él, cansado, se detenía un instante, ella tomaba el pico y con cariño, golpeaba dulcemente la tierra y la arcilla y la roca sin atreverse, un momento siquiera, a separar una sola partícula del precioso metal. Cuando el minero consideró suficiente lo descubierto de la veta entonces comenzó a golpearla obteniendo con facilidad hermosos pedazos de oro que sacó inmediatamente a la luz del sol para que todos sus compañeros se deslumbraran con el brillo puro de aquel mineral que parecía sonreír como sonrío el rostro de una doncella a quien acaba de besar, por vez primera, el amado impaciente.

Y los que tanto se burlaron del minero porque ni una pepita siquiera había obtenido en tantos meses, se maravillaron entonces, comprendiendo que aquel camarada no había querido vanagloriarse con las pequeñas partículas extraídas con facilidad sino que había querido causar admiración, aunque fuese tarde, con algo que de verdad brillase en todo su esplendor al ser mostrado a los ojos envidiosos de sus compañeros.

## **VII**

### **Parábola de la flor de loto**

El rey de las tempestades, el atrevido Ulises, después de nueve días de vientos huracanados pudo desembarcar en la tierra de los hombres que se alimentaban con las hermosísimas flores de loto que ostentaban su elegante corola en todos los lugares de la isla.

Comían aquellas flores porque ellas con la dulzura con que estaban impregnadas los hacían olvidarse de todo, absolutamente de todo.

Cuando algún viajero, obligado por las tempestades, desembarcaba en aquella tierra lo primero que le ofrecían sus habitantes, en señal de bienvenida, eran unas cuantas flores de loto que el extranjero por cortesía, estaba obligado a saborear con deleite: eran tan bellas y eran tan dulces!

Ápenas las probaba sentía un desvanecimiento rápido, parecía como si le quitasen de la mente muchos pensamientos dolorosos, como si a su corazón afectuoso lo despojasen de muchos cariños que, cual otros imanes, lo atraían hacia la patria lejana endonde lo había dejado todo: familia, amores, fortuna y porvenir. Olvidaba las ansias del retorno y nunca volvía a abandonar la isla de los comedores de flores de loto.

Así, como esas flores de loto, existen en la vida

muchos honores y muchas atenciones que obligan, a los caracteres débiles, a abandonar sus ideales de los cuales nunca vuelven a acordarse porque la dulzura de que están saturados esos honores es tan intensa que hace olvidar las primeras e íntimas aspiraciones hacia las que jamás harán retorno como no hacían retorno de la isla de los comedores de loto los desventurados viajeros que se atrevían a desembarcar en aquellas playas malditas.

## VIII

### Parábola del hierro candente

El herrero, alegre y fuerte, golpeaba con su pesado martillo sobre el pedazo de hierro calentado hasta el rojo en la fragua vecina. A cada golpe seco del martillo saltaban, como enjambre de recuerdos de felices días, mil chispas pequeñas que parecían mil rubíes lanzados al aire por la mano generosa de un rico excéntrico.

Cada golpe modelaba mejor el pedazo de metal que la mano del herrero hacía girar sobre el yunque para conseguir en el menor tiempo posible, la forma que deseaba darle. Y el hierro, como si fuese consciente, obedecía sin tardar y se amoldaba satisfecho a los deseos del herrero incansable en cuya frente brillaban, cual piedras preciosas de una valiosa diadema, muchas gotas de sudor que a veces caían sobre el hierro candente y sobre él comenzaban a danzar hasta que desaparecían transformadas en un humo apenas perceptible que subía en espirales caprichosas como sube el vapor del incienso al escaparse del incensario.

Cuando el hierro comenzaba a enfriarse, cuando su color rojo granate se transformaba en un gris sucio, el herrero se veía obligado a golpear con más fuerza sin obtener un resultado visible: el hierro se

rebelaba, no quería hacerse de la forma bella que necesitaba tener para ser utilizado por el hombre.

El obrero debía hacerlo candente de nuevo para poder seguir su modelación, para darle a aquel pedazo inerte una forma que hablara a quien lo viese confiándole en secreto los mil objetos a que podía ser aplicado.

Para recibir una idea, para formarnos un ideal bello entre los ideales bellos, es preciso tener el espíritu candente de entusiasmos y de buenas intenciones porque sin esos entusiasmos y sin esas buenas intenciones no obtendríamos nada, machacaríamos en frío sobre nuestras inteligencias agotando muchas energías y perdiendo miserablemente nuestro tiempo que es valioso en extremo.

Lo primero, caldear en la fragua de los buenos deseos nuestro espíritu como el herrero caldea el pedazo de hierro en su fragua, luego buscar la manera de adaptarnos al ideal que hemos escogido como nuestro y servirlo con todo entusiasmo sacrificando, por él, todas nuestras formas exteriores, amoldándonos internamente a sus exigencias aunque para esa transformación necesitemos el golpe enérgico de la suerte que es, sin duda alguna, el grande herrero del universo.

## IX

### Parábola del hombre que cuidaba su sombra

Los rayos del sol caían casi perpendicularmente sobre la tierra; por un camino del que de vez en cuando el viento levantaba nubes de polvo, marchaba un peregrino.

No llevaba la frente alta, iba encorvado como buscando algo entre las piedras y el polvo del camino. Muy amenudo cambiaba de dirección como si a su paso se opusiera algún obstáculo.

Caminaba con lentitud, escogiendo la parte de la carretera por donde debía seguir, a veces se acercaba a la cuneta de desagüe casi para saltarla, a veces seguía por el eje del camino; en momentos hacía eses, como si sus miembros inferiores se sintieran flojos y su cabeza no estuviera muy firme.

Cuando encontraba una mancha de césped en medio del camino se alejaba de ella con horror; cuando en el suelo, veía huellas de otros hombres que por allí pasaron antes que él o señales de que algún buey hubiera transitado por ese mismo lugar se apartaba buscando los sitios del camino endonde todo parecía limpio, endonde, en el invierno pasado, no hubiese habido fango.

Lo curioso era que no le importaba colocar el pie sobre algunas inmundicias que había en el camino, ni

sobre las huellas de otros caminantes, ni sobre los fosos que había dejado el agua al estancarse durante la estación lluviosa recién terminada. Tampoco le causaba disgusto pasar al lado de paredones mohosos que dejaban en su vestido grandes manchas de matiz verde.

Nada importaba que se ensuciasen sus pies y su vestido. Lo que él deseaba era que la mancha negra que su sombra echaba sobre el camino no se deslizase por encima de ninguna inmundicia.

La sombra que arrojaba sobre el camino debía ser pura aunque el cuerpo suyo no estuviese así.

Era preciso cuidar la sombra. Nada más!

Cuántos pasan por la vida como ese peregrino preocupándose solamente de la sombra que van echando sobre el camino de su existencia, sin cuidarse de llevar libre el alma de muchísimas impurezas.

La vanidad los impulsa a todo, hasta a las más miserables actitudes las cuales toman, siempre que la sombra que en el camino de la opinión pública arrojan, no se altere ni siquiera por un momento.

Para ellos, como para el peregrino del cuento, es preciso cuidar la sombra. Nada más!

## X

### Parábola del piloto ciego

Iban muchos hombres detrás de uno solo como si aquel fuese un apóstol que recorriera el mundo predicando teorías nuevas de amor, de inmenso amor.

Todos lo seguían con entusiasmo, todos trataban de escuchar las palabras que seguramente el Mesías nuevo iría pronunciando y cuyos sonidos no llegaban a ninguno de los secuaces.

El apóstol seguía su camino con mucho cuidado buscando con los brazos extendidos un apoyo, deteniéndose a cada instante para asentar bien el pié en las irregularidades del camino.

Quienes venían detrás del vidente—como lo llamaban—al sentir bajo sus pies la aspereza de los guijarros que se hundían crueles en sus carnes se admiraban de que el guía escogiese aquella parte del camino habiendo otros lugares más transitables y existiendo otros senderos más fáciles y más cortos.

Pero los que creían ser muy inteligentes explicaban ese error diciendo que seguía aquellos caminos difíciles para que fuesen acostumbrando sus cuerpos a las privaciones y a las dificultades, haciendo de esa manera penitencia anticipada.

Y todos al oír aquellas indicaciones seguían adelante, corriendo, lacerándose de manera cruel las plantas de los pies con los guijarros del sendero.

Adónde iban? Ellos no lo sabían; sólo afirmaban que seguían la mejor vía, la de las dificultades, la de las penalidades, la única que lleva al triunfo.

Se burlaban de otros hombres, pocos, muy pocos, que iban por otros caminos, que miraban con sus propios ojos y escogían la senda que en el mundo debían recorrer. Aquellos solitarios eran unos locos, no sabían aprovecharse de la clarividencia de un guía como el que habían adoptado ellos.

El llorar y el crujir de dientes vendría más tarde, cuando sus ojos cansados de escrutar el horizonte se rindieran y cuando sus pies, mutilados por las zarzas del camino, sangraran de una manera exagerada; entonces no hallarían quien les vendase las heridas y quien calmase el ardor de sus ojos, ni quien les ofreciese un hombro compasivo en el cual apoyarse para seguir adelante.

Los solitarios les gritaban al pasar: alcanzad a vuestro guía, habladle, preguntadle adónde os lleva y sobre todo fijaos en su mirada.

Y ellos no escuchaban y seguían adelante llenos de fe, llenos de entusiasmo, creyendo que, al final del camino que habían emprendido, se encontrase el palacio encantado endonde las hadas del éxito curan las heridas sufridas en el camino y calman la sed de popularidad que sentían todos aquellos peregrinos.

Pero el guía, el vidente, llegó al borde de un precipicio, se detuvo un momento, con un bastón de que se había provisto en el camino sondeó hasta donde le fue

posible aquella profundidad, luego quiso tomar impulso para saltar pero los peregrinos que se encontraban más cerca de él lo sujetaron por la túnica que lo cubría. El vidente, el iluminado, el hasta entonces silencioso guía, se volvió hacia ellos y los maldijo.

—Qué pretendéis? Seríais capaces talvez de detenerme en mis peregrinaciones? No venís tras de mí? Quien me ama, me sigue.

—Pero no veis el abismo que se abre a vuestros pies?

—El abismo, decís? Os burlais talvez. Yo no lo veo.

En esto llegaron muchos de los que venían rezagados y por curiosidad se fijaron en los ojos del piloto y retrocedieron asombrados; aquellos ojos eternamente abiertos, tenían una mirada fija siempre en el mismo punto del espacio, era la mirada del que no ve nada en el mundo.

Le preguntaron varias cosas, lo hicieron dirigir la mirada de aquellos ojos sin expresión hacia muchos puntos y se convencieron, al verlo siempre insensible frente a las bellezas que la naturaleza desplegaba, coqueta, ante ellos, de que el guía que habían elegido era un hombre ciego, completamente ciego.

Muchos cambiaron rumbo buscando otro piloto que de seguro les resultaría también ciego; los más, incapaces de caminar solos aunque fuese por un momento, mientras hallaban otro conductor de rebaños humanos, prefirieron seguir tras aquel, creyendo que ese piloto ciego no necesitaba los ojos corporales porque veía con los ojos del alma. Y muchos se despeñaron, y muchos murieron.

El piloto ciego es la opinión pública que muchos hombres siguen sin fijarse en sus ojos completamente apagados, en la manera tambaleante que tiene de caminar, en la necesidad que siente de apoyarse siempre en algo, en algo que otros hicieron y que nadie desaprobó.

Tras ese piloto ciego muchos se despeñan, muchos mueren.

## XI

### Parábola de Casandra y de la serpiente

Cuentan las mitologías encantadoras que la hija de Príamo y de Hécuba, la bella Casandra, fue dejada durante toda una noche, siendo aún muy pequeña, en el templo de Apolo y que cuando sus padres, al día siguiente, fueron a buscarla la encontraron tendida en el suelo, como desmayada, rodeada por las espirales que en torno a su cuerpo había formado una serpiente.

El animal parecía que hablara al oído de aquella doncella y que le dijera mil cosas interesantes porque la pequeña Casandra, cuando sus padres la llamaron, no hizo caso de ellos y siguió escuchando las frases llenas de belleza que la serpiente murmuraba mientras lamía sin descanso las orejas de la virgen.

Desde entonces Casandra conoció todas las bellezas que vivían en el mundo y que nadie podía apreciar; desde entonces no tuvieron secretos, para ella, los árboles y las flores a quienes sorprendió en interesantísimas discusiones acerca de la inmortalidad de lo bello; desde entonces conoció el lenguaje de los pájaros que, saltando de rama en rama, se decían sus querellas de amor y protestaban contra la inconstancia de las cosas y contra el cambio de estaciones que los obligaba a emigrar como emigran de un cerebro las ideas hermosas cuando ese

cerebro deja que lo invadan las nieblas frías del servilismo; desde entonces apreció en todas las miradas, en todas las sonrisas, en todos los gestos, la afirmación de un porvenir talvez lejano, talvez inmediato. Fue profetisa; por su poder de adivinación el rey Agamenón la hizo prisionera en una de sus batallas victoriosas y la llevó a su reino endonde, junto con ella, encontró la muerte en brazos de Clitemnestra y de Egisto, los dos usurpadores de su trono.

La hermosa alegoría griega se reproduce a cada instante en la vida: los artistas, los hombres de genio se ven rodeados, muy amenudo, por los cuerpos escamosos de una o de varias serpientes que lamen sin descanso sus orejas diciéndoles miles cosas que los demás no oimos pero que a los grandes luchadores los llenan de energías; esas frases pronunciadas entre silbidos por las serpientes no son sino blasfemias, críticas mordaces, veneno destilado en forma de sílabas, veneno que en aquellas almas fuertes produce el efecto de poderoso excitante y que, en vez de hacerlos caer en un letargo mortal, los satura de vida y de entusiasmo.

Esas serpientes son las mensajeras de la Envidia; desde el momento en que un hombre se siente atacado por la envidia empieza a apreciar muchas bellezas intensas que para los demás permanecen ocultas; desde ese momento se ve convertido en vidente, en explorador de lo futuro endonde su nombre será pronunciado con cariño y con admiración.

## XII

### Parábola del hombre que cavaba su tumba

En uno de los rincones del viejo cementerio y precisamente en aquel rincón endonde se levantaban vanidosos los más bellos mausoleos, un hombre de unos treinta años, en mangas de camisa, sin cuello ni corbata, despeinado y sudoroso, abría un hueco en la tierra fecundada por tantos cadáveres.

El azadón se hundía cada vez más y en el rostro de aquel hombre se reflejaba una satisfacción intensa. Cada golpe de su instrumento, cada montón de tierra que podía lanzar de aquel agujero constituía para él una victoria valiosa; quien lo hubiera visto en aquella ocupación habría afirmado que sentía odio hacia la tierra que cavaba o que ansioso buscaba un tesoro escondido quien sabe cuando y quien sabe por cual de sus ascendientes.

Cuando se convencía de que el hueco había sido ahondado un poco se ponía de pié sobre los montones de tierra que iba haciendo cerca de los bordes de la excavación y con mirada de triunfo, volvía la cabeza de un lado a otro buscando talvez alguien que aplaudiese aquellos esfuerzos sobrehumanos. Pero nadie, en el desierto rincón del cementerio, presenciaba aquella escena; varios albañiles que en unas tumbas vecinas hacían reparaciones, no se dignaban fijarse en nuestro

hombre; más bien parecían despreciar su obra pues le volvían continuamente las espaldas y cantaban con satisfacción acompañando sus cantos con los golpes secos que sus instrumentos de trabajo daban sobre los ladrillos recién humedecidos.

Y el hombre volvía a la labor ruda, haciendo cada vez más ruido con su azadón, molesto seguramente porque nadie se fijaba en él y en la obra grandiosa que según su criterio, estaba llevando a efecto.

Golpeaba con ira la tierra que dócil se iba desmoronando ante sus golpes ciegos; hacía cada vez más perceptible el *han!* que demostraba la fatiga inmensa que le causaba aquel trabajo el cual a su juicio era de importancia capital para la humanidad. Y nadie lo escuchaba, y nadie lo aplaudía, y nadie lo animaba con sus frases cariñosas o con sus frases de reprobación.

El pobre no se explicaba aquello. Su rencor iba aumentando y talvez por eso la profundidad del hueco iba haciéndose mayor con mayor rapidez; ya tenía cerca de cuatro metros de hondo y nadie llegaba a medirlo, nadie llegaba a extasiarse ante las dificultades que necesariamente había tenido que vencer aquel incansable trabajador para obtener tamaño resultado.

Y siguió solo, completamente solo, cavando aquella fosa que al final de la jornada de su existencia fue su tumba cuando herido de muerte cayó en el fondo del agujero que había abierto con tanta dificultad. Manos compasivas se encargaron de echar sobre su cuerpo, con el mismo azadón que él usó en vida, toda aquella tierra que sus brazos habían amontonado en los bordes de la excavación.

Después de cerrada la tumba nadie volvió a acor-

darse de aquel hombre ni de los esfuerzos que hizo para cavarse el lugar endonde debía reposar para siempre.

Solamente algunos ilusos se atrevían a citar su ejemplo porque en el mundo viven muchos ambiciosos y muchos vanidosos que con sus actos de todos los días van cavando una tumba y amontonando en los bordes de ella mucha tierra, fecundada por otros cadáveres, tierra que, a su muerte, manos compasivas se encargarán de echar sobre su cuerpo exánime cuando no sean ciertas manos vengadoras quienes viéndolos ocupados en tan miserable faena, les echen en vida el polvo del ridículo que, en lo moral, es lo mismo que la muerte.